

## PADRES: ¿RESPONSABILIDAD O CULPA?

*Culpa y responsabilidad* son dos palabras que habitualmente se utilizan de forma indistinta. No obstante, considero de esencial importancia destacar el matiz fundamental que las diferencia, la intencionalidad; cuando nos referimos a relaciones entre padres e hijos. Somos *culpables* cuando cometemos una falta, de forma voluntaria, con el propósito de causarla. Sin embargo, somos *responsables* de algo cuando cometemos una falta, pero no era esta nuestra intención. Cuando siendo únicamente responsables de algo, nos consideramos culpables, aportamos una carga emocional negativa que provoca en nosotros un gran dolor y una tremenda angustia.

Estas emociones son con las que nos encontramos con frecuencia cuando llegan a la Colonia San Vicente Ferrer los padres de los chicos que ingresan en nuestro centro por un delito de maltrato familiar, por haber agredido a sus padres. Nos encontramos con padres desbordados, que llevan años sufriendo, que se sienten impotentes y tremendamente culpables por la situación.

Concretamente en la Colonia San Vicente llevamos trabajando con estos casos desde el año 2004, cuando empiezan a aparecer las primeras denuncias de los padres por este motivo y que, desgraciadamente, año tras año han ido aumentando. A lo largo de estos años hemos trabajado con más de noventa familias, y basándonos en nuestra experiencia, me gustaría destacar dos aspectos fundamentales de la violencia filio-parental. Por un lado que se trata, en la mayoría de los casos, de un problema aprendido y no genético, y por otro, que es un problema que tiene dos direcciones, los padres y los hijos.

Las personas nacemos sin ningún tipo de experiencia previa y conforme vamos viviendo vamos aprendiendo a comportarnos de una determinada manera, en función de lo que ganemos o perdamos con dichos comportamientos. Los chicos que agreden, física o verbalmente, a sus padres, consiguen sus propósitos, que pueden ir desde conseguir cosas materiales, a librarse de una bronca, hacer lo que quieran o sentirse bien por tener el control de la casa.

Ahora bien, es cierto que los comportamientos agresivos se mantienen a lo largo del tiempo porque nos permiten conseguir nuestros objetivos, pero también es cierto que cuando nacemos podemos hacerlo teniendo un *temperamento fácil* o un *temperamento difícil*, y esta parte sí que es innata, nacemos con ella. Cuando hablamos de temperamento nos referimos al carácter, al conjunto de características psicológicas que tiene una persona y que, en parte, determinan su forma de comportarse, y digo en parte, porque la mayoría de estos chicos, aunque con mucho más trabajo, podrán socializarse correctamente. Es aquí donde cobra importancia el papel de los padres y por tanto, la doble dirección del problema.

Resulta curioso que a los padres, ya durante la gestación, se les asesore sobre cosas relacionadas con el cuidado de su futuro hijo, pero no con aquellas tareas relacionadas con la educación. Aprenden qué modelo de carro es mejor para que su hijo vaya confortable, si es mejor utilizar termómetro de mercurio o digital, incluso asisten a clases de preparación al parto. Sin embargo, nadie les enseña a educar. La mayoría de padres se enfrentan al desafío de la educación con mucha voluntad e ilusión, pero no siempre con las ideas claras. Los niños con un temperamento difícil, dificultan la tarea de educar. Nos podemos encontrar con padres que hayan tenido habilidades a la hora de educar a un hijo fácil, pero que esas habilidades no hayan sido suficientes a la hora de educar a otro hijo más difícil.

Me consta que los padres con los que nos hemos encontrado a lo largo de estos años quieren a sus hijos de forma infinita y que todo lo que han hecho ha sido con la mejor intención, queriendo atenderlos adecuadamente y formarlos como personas con unos valores adecuados y con un correcto sistema moral. Sin embargo, esta es una ardua tarea, que se complica muchísimo más si sus hijos han nacido con un temperamento difícil. Pero no olvidemos, que este temperamento está y debe estar mediatizado por los padres, por la forma que estos tengan de reaccionar, de las pautas de crianza que utilicen.

Los padres que utilizan unas *pautas de crianza adecuadas*, son padres que conjugan adecuadamente el afecto, la disciplina y la comunicación, y suponen modelos prosociales para sus hijos. Saben poner límites, teniendo en cuenta los diferentes periodos evolutivos por los que atraviesan sus hijos, supervisan que no se rebasen dichos límites e imponen consecuencias cuando se transgreden. Son aquellos que escuchan a sus hijos y, conforme se van haciendo mayores, aprenden a negociar con ellos, los que hacen un uso adecuado del “NO” y del “SÍ”, de forma que les enseñan a ser responsables y a tolerar la frustración. Padres que no caen en constantes contradicciones, y que se desautorizan, sino que son coherentes y consistentes.

Si desde pequeños los padres no van moldeando los comportamientos negativos de los niños difíciles, enseñándoles que de esta forma no conseguirán sus objetivos, el niño crecerá y su temperamento difícil y conductas negativas crecerán con él. Así llegarán a la adolescencia siendo “difíciles”, con la diferencia de que cuando son pequeños, a pesar de ser “difíciles”, son más o menos controlables, y cuando son adolescentes las conductas negativas son más exageradas y descontroladas, llegando incluso al maltrato. Es aquí donde podemos hablar de la responsabilidad, que no culpa, de los padres, y es únicamente en este sentido en el que se tiene que entender su implicación en el problema y, por tanto, en su solución.

Por tanto, es importante apoyar a los padres en este problema que tanto les ha dañado y les daña, pero de la misma manera es fundamental realizar un trabajo con ellos en aras a que aprendan a manejar los comportamientos negativos de los hijos, adquiriendo nuevas estrategias, para evitar que sigan reforzando las conductas violentas, que paradójicamente, estaban contribuyendo a mantener que sus hijos fuesen violentos con ellos para conseguir sus propósitos.

Me gustaría concluir diciendo que el objetivo en el abordaje de este problema no debe ser centrarnos en buscar culpables, sino en entenderlo claramente e identificar qué variables lo mantienen, tanto por parte de los padres como por parte de los hijos, para poder eliminarlas y facilitar en las familias el respeto y la buena convivencia.

Asimismo, sin la intención de dar una visión reduccionista del problema, me gustaría aclarar que los niños no viven en una burbuja y que forman parte de una sociedad, que también les modela y les educa. Actualmente vivimos en una época donde priman valores como el hedonismo, el individualismo, el materialismo y el egoísmo, que no contribuyen a arraigar valores morales en nuestros jóvenes. Pero para trabajar con los casos de maltrato familiar que desafortunadamente ya se han dado, tenemos que centrarnos en un plano tangible y directo, para detenerlo y resolverlo. Por eso, es importante centrar la intervención en los padres y los hijos. No obstante, hay que dedicar esfuerzos por trabajar a un nivel más global para prevenir este tipo de problemas y buscar soluciones antes de que se de.

M<sup>a</sup> JOSÉ RIDAURA COSTA

Psicóloga de la Colonia San  
Vicente Ferrer